

## SUMARIO

**Bibliotecas regimentales.**—Estudio estratégico-psicológico sobre el primer período de la guerra ruso-japonesa, (conclusión), traducido por el Marqués de Zayas, teniente coronel de E. M.—Utilidad de los escudos en la artillería de campaña.—Señaladores en el ejército alemán.—Enlace entre los diferentes escalones del campo de batalla, en el ejército inglés, por C. D. P.—**BIBLIOGRAFÍA:** Concepto y estudio de la Historia militar, por don Carlos García Alonso, teniente coronel de Estado Mayor.—Servicio aerostático militar, por don Francisco de Paula Rojas, comandante de Ingenieros.

Se acompañan los cuadernos 35 y 36 de la **Historia de la Guerra ruso-japonesa.**

---

### BIBLIOTECAS REGIMENTALES

Los progresos realizados en los últimos veinte años en beneficio de la condición material y moral del soldado, han sido realmente grandes: la mejora de la alimentación, el aumento del haber, la instalación de comedores y otros accesorios en casi todos los cuarteles, y otra multitud de pequeñas mejoras, quizás más acentuadas en lo moral que en lo físico, han producido una transformación honda en la vida interior de cuartel. Quedan aun por realizar otras labores, tales como la del cambio de la cama del soldado, lavado de ropa, etc.; y es indudable que caminando por el camino emprendido llegaremos antes de mucho á conseguir que la austeridad y sobriedad militares no degeneren en privación y molestia.

Pero, á la par que se procura laborar en pro de lo físico, conviene no olvidar que, hoy más que nunca, es menester prestar una atención sostenida y constante al alma del soldado, á despertar su buen espíritu, á perfeccionar su instrucción y educación, no perdiéndose de vista que el ejército ha de ser la defensa de la patria y, á la vez, el fundamento más firme de los principios sociales, fuertemente combatidos en esta época de desquiciamiento de las ideas y perturbación de los espíritus. La iniciativa de las autoridades superiores y de los jefes de cuerpo, secundados por la oficialidad, ha hecho mucho en el sentido expuesto, siendo digno de particular mención el excelente resultado obtenido con las escuelas de enseñanza elemental, que asiduamente funcionan en todos los cuarteles.

No basta empero: si necesario es que el oficial disponga de una buena biblioteca, que le sirva para renovar sus conocimientos y mantenerse al

corriente de los progresos de las ciencias militares, no lo es menos que se faciliten al soldado libros de amena y sana lectura, en los que se fortalezca su espíritu y se consoliden las máximas y enseñanzas aprendidas de sus superiores é inspiradas en el ejemplo de generaciones anteriores.

Recientemente, el Ministro de la Guerra de Francia ha dictado algunas disposiciones para fomentar las bibliotecas regimentales destinadas á la tropa, tanto en las destinadas á regimientos como en las pertenecientes á compañías y escuadrones sueltos; la cuestión es, pues, de actualidad, aunque no nueva, porque hace ya muchos años que Inglaterra la puso en práctica, siendo después su ejemplo imitado por otros ejércitos.

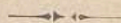
La creación y sostenimiento de tales bibliotecas serían facilísimos, porque no faltarían libros ofrecidos por los autores, y la adquisición de otros, comprados en grandes partidas, podría hacerse á un precio excepcionalmente económico. La dificultad del problema reside en la falta de locales en los cuarteles y en la movilidad de las guarniciones. Pero aunque esta última cuestión no puede resolverse sino después de cierto tiempo de evolución y de que la experiencia enseñe cual sea el mejor sistema de distribución de los contingentes anuales, y la primera—insuficiencia de capacidad en los cuarteles—es de remedio necesariamente lento, cabría adoptar una solución provisional, consistente en disponer la formación de bibliotecas regimentales en los cuarteles de nueva planta cuyos accesorios son abundantes y amplios, y, análogamente á lo que se ha hecho con las cocinas, ordenar que esas bibliotecas, debidamente catalogadas, formen parte de los efectos fijos y sean usufructuadas por los cuerpos que ocupen los respectivos cuarteles.

La utilidad mediata de esas bibliotecas superaría á la que se reportase de su objeto directo. Convertiríanse en salas de escritura, en puntos de reunión donde el soldado, respirando una atmósfera militar y patriótica, se sustraería insensible y gradualmente á las influencias, no siempre recomendables, de los agentes exteriores, y la sociedad, el ejército y el individuo saldrían gananciosos. Y no se arguya el peligro de que se desnaturalizara el verdadero objeto de las bibliotecas, transformándose éstas en lugares de esparcimiento poco lícito, porque ese mismo peligro, mucho más acentuado, existe con las actuales cantinas, sin que á nadie se le haya ocurrido suprimirlas; si éstas son necesarias para el alimento corporal, no lo son menos las bibliotecas para el alimento intelectual y el descanso del espíritu.

Con la instalación de comedores ó refectorios se dió el primer paso para que el antiguo cuartel evolucionara hacia el nuevo; las bibliotecas constituirían el segundo paso, el decisivo, para llegar al ideal de que el dormitorio de la tropa sea realmente dormitorio, y se suprima la deno-

miuación antigua y desgraciadamente apropiada de cuadras, con que todavía se les designa en algunos cuarteles.

Aunque ello suponga un pequeño sacrificio pecuniario, es menester que poco á poco se haga lo posible para borrar la idea de que el cuartel es un lugar donde solo hay deberes que cumplir y ocupaciones no siempre gratas. El cuartel debe ser *la vivienda del soldado*, y aunque por la misión que á éste incumbe sus deberes y obligaciones han de ocupar lugar preferente, no ha de olvidarse que se cumplirán tanto más gustosa y conscientemente cuanto más se haga en pro del bienestar, de la cultura y de la instrucción del soldado. El día en que éste pueda *vivir* realmente en el cuartel, habrá quedado resuelto en gran parte el problema de formar buenos soldados en un corto plazo, y será por consiguiente hacedero y posible el servicio militar general obligatorio.



## ESTUDIO ESTRATÉGICO-PSICOLÓGICO SOBRE EL PRIMER PERIODO DE LA GUERRA RUSO-JAPONESA

POR EL CAPITÁN NORUEGO NYQUIST,

agregado al cuartel general ruso de la Manchuria

(Conclusión)

Al ejército ruso le faltaban sin embargo las condiciones necesarias para seguir los procedimientos estratégicos de la ofensiva. Un gran número de generales carecían de las cualidades indispensables para mandar la masa de tropas que á sus órdenes tenían, porque en Rusia para proveer los altos cargos militares, se atiende demasiado á las apariencias sociales; nunca he visto un conjunto tan elegante de generales. La mayor parte de ellos eran extremadamente simpáticos é instruidos, y poseían á la perfección el alemán, francés é inglés. Recuerdo muy en particular uno de los jefes de cuerpo: una hermosa figura, completo *gentleman*, de gran posición, pintor y músico y uno de los mejores generales de Rusia. Todas estas dotes en campaña desaparecen en el torbellino de las luchas. En la guerra se requieren otras cualidades; en ella sólo pueden aplicarse la firmeza de carácter, la voluntad, energía, resolución é iniciativa, gente que piense prácticamente, que resuelva con prontitud sin hacer caso del estrépito y emociones del combate.

Clausewitz, dice en una de sus obras que los principios del arte de la guerra son muy sencillos. No se requiere ninguna aptitud especial ni estudio para comprenderlos; cualquiera que tenga sentido común y que esté iniciado en cosas militares puede muy bien apropiárselos. La composición de un plan de campaña no es tampoco ninguna obra maestra. Las

dificultades están en aplicar y acomodar á las circunstancias los sencillos principios del arte de la guerra.

Los oficiales de Estado Mayor rusos no llenan tampoco las condiciones requeridas, puesto que en su academia especial recibieron una instrucción demasiado teórica. Poseen en general muchos conocimientos, particularmente en historia é idiomas; pero su sentido militar no está en relación con sus conocimientos; saben muy bien lo que hubieran hecho los caudillos del pasado en los diferentes casos, pero sus juicios sobre las situaciones estratégicas del momento eran muchas veces bastantes pueriles. Me acuerdo de un caso de la batalla de San-de-pu, que es muy característico. El ataque del segundo ejército había fracasado ante la resistencia obstinada de San-de-pu, y este ejército tuvo que retirarse con grandes bajas. El día que recibí esta orden de retirada el cuerpo en que yo me hallaba, encontré un coronel de Estado Mayor, á quien pregunté si había terminado este periodo de ofensiva, como en realidad fué. «No lo creo» me contestó el coronel «el segundo ejército se repliega solamente, mientras el primer ejército del ala izquierda avanza para atacar». No cabe duda de que éste era un concepto muy especial sobre la situación. Podría citar una infinidad de casos semejantes.

Los oficiales de Estado Mayor entienden poco su servicio en campaña, lo cual depende de que no lo han practicado en tiempo de paz, pues se dedican casi siempre al servicio ordinario de oficina. La redacción de un orden de operaciones solía durar una eternidad y como era natural llegaba demasiado tarde á las tropas. No era raro el que una maniobra se malograra, porque las órdenes se expidieran inoportunamente.

Los oficiales de Estado Mayor no están bastante ejercitados en orientarse con rapidez sobre la carta ó en el terreno, lo cual es tan esencial en la guerra. Sucedió muchas veces que los ataques y expediciones fueron dirigidos en sentido completamente contrario al que correspondía. No comprendían tampoco los oficiales de Estado Mayor el estado moral de las tropas, ni sabían lo que de éstas podía exigirse. Poco objeto tiene, por ejemplo, el que una tropa fatigada por esfuerzos anteriores y por mala alimentación, sea obligada á efectuar un ataque nocturno.

Una operación táctica de esta especie supone en la tropa un sentimiento del deber muy elevado, y así fracasaron muchos ataques de noche, porque este sentimiento no fué bastante estimulado. Por otra parte, hay que mencionar que el ataque á la colina de Putiloff tuvo éxito, por haberse efectuado con tropas frescas y bien alimentadas, mientras la guarnición japonesa de aquella colina estaba rendida de cansancio.

Respecto de los oficiales de Estado Mayor dice el general Michtchenko: «En la educación del Estado Mayor ruso se anula completamente la individualidad; en la academia se enseñan á los oficiales muchísimos conocimientos teóricos y desde allá se les destina directamente al servicio

de oficina; no hay que asombrarse por tanto de que sean incapaces en campaña».

En lo que concierne á la tropa, carece ésta de condiciones para el ataque. Depende esto del carácter nacional; al ruso le falta la destreza intelectual y corporal que requiere la ofensiva. Los rusos son por naturaleza perezosos y flemáticos, y aunque muy animados, no tienen energía ni espíritu emprendedor, manifestando siempre una indiferencia que sorprende. Así los grandes negocios y empresas industriales están en manos de polacos, finlandeses, alemanes, ingleses y de cualquier otro extranjero.

También se observa que la vida de sport ocupa en Rusia un lugar muy secundario. A pesar de las ocasiones más excelentes para la caza, constituye ésta una industria. Algunos propietarios organizan cacerías, pero siempre con un carácter cortesano, poco adecuado para desarrollar instintos militares. En las carreras y cacerías á caballo toman parte oficiales de caballería que se ejercitan así á montar en un hipódromo y á salvar obstáculos de antemano conocidos. Las prácticas de equitación á través de un terreno cualquiera son poco usuales y sólo las efectúan los alumnos de caballería. El aldeano ruso—*mujik*—no desea más que estar tranquilo en su casa, comiendo y bebiendo hasta la saciedad y de esta manera realiza el más bello ideal de su vida. Las clases privilegiadas de Rusia se entregan á todos los placeres cómodos y desdeñan todo esfuerzo y fatiga; hasta un simple paseo á pie lo consideran opuesto á su dignidad; un ruso ilustrado va siempre en coche. Tengo presente una pregunta que lei en un periódico satírico ruso. «¿Qué significa ser gentleman? Ir en coche y emplear pieles y petaca».

El ruso no posee la inteligencia que es necesaria para la ofensiva de nuestros tiempos. El soldado ruso sólo puede estar en formaciones en masa y bajo el mando directo de sus oficiales; en cuanto tiene que obrar por su propia iniciativa, no sabe ya nada y se encuentra como el niño abandonado por su niñera. Por eso los oficiales rusos marchan á la cabeza de sus unidades; es preciso que den ejemplo á su tropa y le enseñen el camino. He visto también que sólo con la intervención personal de los oficiales es posible mover una tropa y mantenerla en avance sin que emprenda la retirada antes de tiempo. Se ha censurado á los oficiales rusos esta conducta, porque la vida del oficial es demasiado preciosa para exponerla de tal manera, dificultando á la vez la dirección del conjunto, si los jefes y oficiales se colocan en primera línea y no pueden recibir con prontitud las órdenes del jefe superior. Creo, por experiencia propia, que las tropas rusas serían muy difíciles de dirigir si los oficiales se situaran á retaguardia de sus fracciones.

El sistema natural de combatir los rusos estriba en las formaciones en orden cerrado con ataques á la bayoneta; es decir, el ataque de la táctica lineal.

Cuando hombres de inteligencia tan superior como Dragomiroff dieron nueva vida á la conocida frase de Suwaroff: «La bala es una loca, pero la bayoneta es un hombre» suena ésto como una paradoja, y sin embargo, conociendo de cerca el carácter del soldado ruso, se comprende que con su poca instrucción, su flema y su indiferencia no puede ser nunca un buen tirador; dispara siempre al azar, exponiéndose á agotar las municiones, aunque siempre desarrolla su fuerza con el brutal empleo de la bayoneta. No sin razón, por lo tanto, trató Dragomiroff de evocar en el ejército ruso el recuerdo de sus antiguas aficiones á la bayoneta. Vióse también que los rusos realizaron verdaderos prodigios en los casos en que apelaron á la bayoneta. Los japoneses no se dispusieron para la resistencia ó hicieron media vuelta en seguida. Sólo en la última parte de la guerra, cuando se consideraron fuertes en el manejo de la bayoneta, afrontaron la lucha con los rusos, si bien tuvieron que sucumbir en la generalidad de los casos.

Se ha hablado con mucha frecuencia del gran valor de los soldados rusos, pero este valor es muy especial; está basado en una mezcla de temor de Dios y de adhesión al Czar, y de esta suerte se procuró siempre inspirar al soldado ruso la idea de que la guerra contra los japoneses paganos era una guerra santa. Esta clase de valor, naturalmente, subsistirá en el ejército ruso mientras el pueblo siga en la ignorancia; en las naciones que poseen la cultura de la Europa occidental el valor es el concepto del sentimiento del deber y del honor. El espíritu aventurero, el fatalismo, el patriotismo exaltado podrán desempeñar sus papeles, pero en las masas será siempre el deber para con la patria y el horror á la cobardía, lo que impulse á los valientes en una guerra. De esta clase de valor estaban poseídos los oficiales rusos, pero para fomentarla se necesita disponer de hombres que no luchen por fuerza, sino por su propia y espontánea voluntad.

Una de las causas de las derrotas rusas se atribuye al excesivo número de tropas de reserva que se enviaron al teatro de operaciones, pero esta circunstancia es, en mi sentir, muy secundaria; he visto muchas veces sufrir derrotas á las tropas escogidas de Rusia, á las brigadas de tiradores. Cuando éstas maniobraban en orden cerrado, avanzaban indudablemente con bravura, pero este avance duraba hasta que se notaban las bajas de oficiales. En el momento en que las tropas perdían sus jefes comenzaban á vacilar y pronto se desordenaban y emprendían la fuga.

El combate de tiradores lo practicaban, aun las tropas escogidas, de una manera que resultaba una caricatura en comparación de como debe en realidad ser; los individuos se reunían en grupos y no atendían poco ni mucho al terreno, y cuando el enemigo concentraba sus fuegos sobre estas formaciones cerradas, se introducía la confusión y sobrevenía el pánico y la retirada. En el transcurso de la guerra empezaron los rusos

á practicar el avance japonés *á gotas*, pero cuando las tropas quisieron hacer uso de este método en San-de-pu y en Mukden, se comprendió que no sabían aplicarlo; les faltó la inteligencia necesaria para maniobrar en orden abierto y para utilizar racionalmente los accidentes del suelo.

En diferentes ocasiones he visto á los japoneses retirarse á la carrera con el deliberado propósito de ponerse en seguridad lo más rápidamente posible, á fin de evitar los fuegos intensos y buscar abrigos, logrando así disminuir mucho las bajas. Los rusos por el contrario se retiraban siempre condensando sus formaciones y aumentaban sus bajas, en lugar de disminuirlas.

Opino, por consiguiente, que Kuropatkin no hubiera remediado nada, aun con otro plan de campaña y habiendo procedido más ofensivamente. Cierto es que á Kuropatkin le faltó la resolución rápida y la iniciativa que son necesarias para hacer una guerra ofensiva; pero ningún provecho se hubiera obtenido de estas cualidades, porque era el ejército el que carecía de las condiciones primordiales para seguir los métodos de la ofensiva. Bien considerado, fué Kuropatkin el hombre oportuno en aquellas circunstancias. Con su cálculo y prudencia consiguió que los japoneses al cabo de un año y medio de campaña no hubiesen pasado de la mitad de la distancia que separa Kharbin de Mukden y también que los rusos al ajustarse le paz tuvieran en el Asia del Este un ejército completamente dispuesto al combate. A estas circunstancias se debe que las condiciones de la paz hayan sido tan satisfactorias para los rusos. Un general enérgico y ofensivo hubiera quizás expuesto al ejército ruso á una catástrofe de lamentables consecuencias.

Lo que debe exigirse en primer término de un caudillo, es que sepa acomodarse á su ejército y que emplee métodos de guerra adecuados á sus tropas, sin proponerse nunca lo que en realidad es imposible.

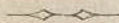
Cada nación tiene sus particularidades fundadas en las circunstancias de su vida y en la configuración topográfica del país, y desde la introducción del servicio general obligatorio, es el ejército la imagen fiel de la nación. Lo que conviene á una nación no es bueno para otra, y así lo que debe procurarse para cada nación, desde el punto de vista militar, es adoptar los métodos de guerra propios del carácter nacional y de las demás circunstancias del país.

(Del *Militär Wochenblatt*)

Traducido por el

MARQUÉS DE ZAYAS

Teniente Coronel de E. M.



## UTILIDAD DE LOS ESCUDOS EN LA ARTILLERÍA DE CAMPAÑA

La *Rivista di Artiglieria e Genio* reproduce parte de un estudio que el coronel de artillería rusa Bielaieff ha publicado en el *Artilleriski Shurnal*, y en el que se preconiza la necesidad de que las piezas estén protegidas por escudos. A continuación extractamos dicho trabajo, basado en las lecciones de la experiencia.

El coronel Sliusarenko, al cabo de un mes de su arribo al teatro de la guerra, afirmaba la utilidad de los escudos, y un mes después escribía: «los escudos son indispensables; es preferible reducir á seis el número de piezas por batería, y elevar á cuatro el número de troncos para el arrastre de cada una». En una tercera carta, refiriéndose á la acción de su grupo en la batalla de Mukden, decía que para obviar la carencia de escudos, las baterías empleaban los sacos de provisiones llenos de tierra; y que era preferible disminuir el número de sirvientes montados y aún el de jefes de pieza igualmente montados y utilizar sus caballos para el arrastre, que carecer de escudos.

Cuando el terreno estaba congelado y resultaba imposible la excavación, se hacía uso, para cubrir á los sirvientes, del carro de municiones, que se llevaba delante de la pieza, disponiendo la cola del retrotrén á la altura de la boca del cañón, separando luego las dos partes del carruaje y dándoles la vuelta para que el timón y la cola mirasen al enemigo. Formábase así una especie de cañonera, á cuyos lados los sirvientes encontraban una mediana protección. Otras veces se disponía el carro á uno de los lados de la pieza, y los sirvientes se abrigan detrás de él.

El general Nitchenko escribía á su vez: «Antes de mi partida de Rusia vacilaba en emitir mi opinión acerca de la conveniencia de dotar de escudos á las piezas. Ahora sostengo, con la convicción más firme, que las piezas deben de tener escudos. Una batería sin ellos, aunque se cubra detrás de una cresta, se expone á perder todos los sirvientes, á menos de que se abran trincheras para ellos. Mi brigada tuvo desde el principio pérdidas considerables; después, el personal, aleccionado por la triste experiencia, no dejó de excavar trincheras y, cuando se disponía de tiempo, construía blindajes, gracias á lo cual las bajas fueron casi nulas. Siendo difícil que se pueda renunciar á los sillines para el transporte de los sirvientes, y, por otra parte, como los escudos no deben representar un peso muerto, conviene utilizar los sillines como escudos, haciéndolos plegables y más sólidos. La forma del escudo debe ser la de semi T; los sirvientes desempeñarán arrodillados sus funciones, ó bien sentados, lo que permitirá reducir las dimensiones del escudo. Para el comandante de la batería y los oficiales son menester escudos especiales. Conceptúo en extremo necesaria la adopción del retrotrén acorazado en los carros de municiones; el personal de una batería provista de escudos y de retrotrén aco-



razado, desempeñará tranquilamente su servicio, aunque sea en terreno descubierto, en el que, á veces, tendrá que operar la artillería.»

El coronel Gavriloff, que hizo toda la campaña á partir de Enero de 1904, puso en evidencia que en la guerra actual la artillería en el combate ofensivo no se atreverá á ponerse en batería en terreno descubierto y añadió: «Con objeto de que al tomar posiciones al descubierto, la artillería no sufra pérdidas excesivas, debe estar provista de escudos, tener el personal acostumbrado á efectuar su servicio de rodillas ó sentado, las piezas á intervalos no menores de 30 pasos, y, por poco que se pueda, excavar trincheras para los sirvientes».

Otros muchos artilleros rusos se declaran en favor de los escudos, pero disiente de esta opinión el teniente coronel Lomikoff, que se encontró en la batalla de Va-fan-gu, donde fué herido y en la que su batería hubo de soportar un fuego terrible de la artillería enemiga. Este jefe dice que, á su juicio, la experiencia de la guerra enseña que el medio mejor de defenderse del adversario se resume en cubrirse de las vistas, y expresa el parecer de que, en lo porvenir, conforme á este principio, habrá de cambiarse todo el fundamento de la fortificación, de modo que los relieves de las plazas fuertes sean tan débiles que no atraigan la atención del adversario.

«La batería provista de escudos, escribe, en posición al descubierto, con su línea de piezas y de carros acorazados, no responde al principio de la desenfilada de las vistas. Será aun más visible que una batería sin escudos, y una vez descubierta por el enemigo, éste la reducirá con facilidad al silencio ó la imposibilitará de sostener un tiro eficaz, sin contar con que el tiro concentrado y de percusión dará pronto cuenta de los escudos.

«Los escudos no pueden abrigar á toda la batería, sino á algunos sirvientes, mientras que para el buen éxito de la acción de la batería tiene grande importancia la seguridad de las comunicaciones á su espalda; la persuasión de que, en muchos casos, tal seguridad desaparece al alejarse de los escudos y corazas, engendrará vacilaciones en los sirvientes durante el servicio de las piezas.

«Para ponerse en batería sobre la posición, la artillería con escudos invertirá probablemente más tiempo que la que carezca de ellos, cuyos carros de municiones pueden reunirse después de haberles quitado los avantrenes, y, en caso preciso, pueden ponerse en la línea de piezas, utilizando algún reparo próximo. Por esta razón, las baterías con escudos quedarán inactivas frente al adversario más tiempo que las otras.

«Mejor es rechazar la adopción de escudos para la artillería de campaña y aumentar la dotación de proyectiles, en los que se ha de ver la mejor defensa de la artillería».

Aunque es respetable la opinión del teniente coronel Lomikoff, quien

tomó parte en toda la campaña, no puede desconocerse que la mayoría de los oficiales de artillería rusos se pronuncian en favor de los escudos.

Algunos idearon reparos para proteger á los sirvientes, valiéndose de los varios medios á su disposición; en las baterías del III cuerpo siberiano, por ejemplo, se emplearon sacos terreros, puestos en los sillines, que cada pieza transportaba en número de doce. También merecen mencionarse los escudos metálicos con que el teniente coronel Kuriak, comandante de la 6.<sup>a</sup> batería de la 43.<sup>a</sup> brigada de artillería, dotó á sus piezas. Estos escudos, dos por pieza, de un peso total de 33 kilogramos, se componían de tres partes cada uno. La inferior, suspendida bajo el asiento, de modo que su extremo distaba del suelo 7 á 10 centímetros; la parte media, unida á la superior, formaba el escudo superior, que podía ser puesto verticalmente á voluntad, ó abatido para la marcha. En este último caso, el escudo superior se abatía sobre el asiento, y se dejaba debajo de este la parte inferior. Según el teniente coronel Kuriak, estos escudos «protegían completamente á dos sirvientes, casi completamente á otros dos, parcialmente á uno, y poco á los demás».

Los escudos de referencia fueron contruidos durante el viaje en ferrocarril al Extremo Oriente; el material era de palastro, comprado en el camino, cuyo espesor se graduó para resistir á la penetración de la bala de la pistola Nagant; se fijó un espesor de 2.5 milímetros, elevado á 3 milímetros en la parte más expuesta. Estos escudos no fueron perforados por los balines de los shrapnels, los cuales solo abollaban ligeramente el palastro; las balas de fusil dejaban una impresión más profunda, pero de menor diámetro. Vióse que á la distancia de 600 pasos, los escudos de 3 milímetros de espesor resistían á las balas del fusil japonés.

Los escudos del teniente coronel Kuriak sostuvieron con feliz éxito la prueba del fuego, tanto de fusilería como de artillería, en las batallas de los días 12, 13 y 14 de Octubre, superando á lo que de ellos se esperaba.

El 12 de Octubre, la batería del teniente coronel Kuriak sostuvo durante 13 horas el cañoneo de tres brigadas japonesas, dispersando á la infantería y obligando á una batería japonesa, que iba á entrar en posición, á detenerse á causa de las bajas sufridas. El fuego era tan violento, que los balines de los shrapnels, al chocar contra los escudos, producían la impresión de una lluvia de grava que caía sobre una lámina metálica. Al principio, los sirvientes se refugiaron en las trincheras, pero después, convencidos de la utilidad de los escudos, se entregaron con ardor á su servicio. No obstante lo crítico de la situación, la batería no sufrió grandes pérdidas: tuvo seis heridos, de los cuales 1 en el carro de municiones, 3 estando sentados en la trincheras, y solamente dos mientras servían las piezas. Las heridas lo fueron en aquellas partes del cuerpo que, por necesidad del servicio, quedaban al descubierto.

El 13 de Octubre, la batería fué muy buscada por los japoneses, y des-

cubierta por fin, fué batida por la granada torpedo; sin embargo, no sufrió ninguna baja, porque los cascos de los proyectiles no consiguieron perforar los escudos.

El 14 de Octubre, la batería volvió á encontrarse en una situación bastante crítica, porque fué batida de frente y de enfilada por el fuego de infantería y el de artillería. La segunda media batería, obligada á cambiar de frente, se encontró sin trincheras, y con la única protección de los escudos, y hubo de sostener una lucha desigual con 12 piezas japonesas que la batían de enfilada. Tuvo seis heridos, todos por el fuego de flanco; únicamente un apuntador recibió dos balazos, uno en la frente y otro en el pecho, mientras apuntaba.

En esta batalla los escudos fueron muy útiles; también los balines producían la impresión ya referida, con la diferencia de que, mientras en el combate del día 12 el personal estaba sentado en las trincheras, el día 14 permaneció inmediatamente detrás de los escudos. La granizada de proyectiles era tan continua, que nadie pensó en emplear la pala para excavar trincheras.

Un destacamento de cazadores japoneses, desde una altura, disparaba sobre las dos baterías del grupo de que formaba parte la 6.<sup>a</sup> batería, el 14 de Octubre. Habiéndose ordenado á la artillería que batiere aquella altura, encomendose el cumplimiento de la orden á la 2.<sup>a</sup> sección, la cual, aunque fusilada por los cazadores japoneses, rompió el fuego contra ellos y les obligó á desalojar la posición. En este combate, las balas de fusil no perforaron los escudos, y la batería no tuvo bajas.

El coronel Bielaieff concluye haciendo votos en favor de la adopción de los escudos, conformándose así á las enseñanzas deducidas de la guerra ruso-japonesa.

## SEÑALADORES EN EL EJÉRCITO ALEMÁN

En vista de los buenos servicios que durante la guerra ruso-japonesa prestaron los destacamentos de señaladores del ejército ruso, se ha modificado recientemente en Alemania el reglamento de dicho servicio.

Las antiguas patrullas de señaladores se llamarán ahora destacamentos, cada uno de los cuales podrá servir dos ó cuatro estaciones, compuestas, cada una, de un jefe y dos sirvientes. El primero lleva una cartera con hojas de despachos, sobres y lápices; uno de los sirvientes lleva unos gemelos de campaña, una carta y una brújula; y el otro los banderines.

Deben instruirse en este servicio dos oficiales por batallón de infantería ó grupo de artillería, y un oficial por escuadrón de caballería y des-

tacamento de ametralladoras. En cada compañía, escuadrón y batería debe haber instruído el personal de tropa necesario para montar una estación.

Los elementos de señales consisten en banderines flotantes fijos á un asta desmontable; unos y otra se guardan en un estuche que pende del cinturón en los cuerpos á pie ó se sujeta á la silla en los montados. Cada estación dispone de tres banderines: blanco, amarillo y azul obscuro, empleándose uno ú otro color según cual sea la naturaleza del terreno. Durante la noche se usan lámparas y pantallas.

Se declara reglamentario el alfabeto Morse, indicándose el punto por medio de un ocho horizontal, y la raya por un semicírculo descripto de izquierda á derecha después de haber izado verticalmente el banderín. Para casos urgentes y para la transmisión de despachos de uso frecuente, se emplean abreviaturas.

Finalmente, se admite que la distancia máxima á que puede hacerse uso de este medio de transmisión, es de siete kilómetros en circunstancias normales.



## ENLACE ENTRE LOS DIFERENTES ESCALONES

### DEL CAMPO DE BATALLA, EN EL EJÉRCITO INGLES

El ejército inglés acaba de adoptar un completísimo sistema de enlace entre los diferentes escalones del campo de batalla, sistema inspirado en las enseñanzas de las guerras del Transvaal y del Extremo Oriente y que puede servir de modelo en su género.

Los elementos de transmisión son: banderas, heliógrafos, teléfonos, telégrafo y telegrafía sin conductor.

La transmisión por medio de banderas se emplea solamente entre pequeñas fracciones y en casos excepcionales. Púedese hacer uso de una sola bandera, ó, mejor, de dos de pequeño tamaño, que el señalador mueve simultáneamente con las dos manos. La instrucción con banderas tiene por principal objeto el que la tropa aprenda el alfabeto Morse. Con las banderas de señales se usa el código de señales reglamentario en la marina.

El heliógrafo, sustituido de noche por los aparatos de luces, forma parte del material de todos los cuerpos del ejército. El personal instruído se compone de: 1 oficial, 1 sargento, 1 cabo y 31 soldados por batallón de infantería; 1 oficial, 2 clases y 15 soldados por batallón de infantería montada; 1 oficial, 1 sargento y 3 soldados por escuadrón de caballería; y 6 hombres por batería de artillería. El periodo de instrucción es de

tres ó cuatro meses, después de los cuales se dedican al repaso tres horas por semana. Se emplea el alfabeto Morse. Cada batallón posee 8 heliógrafos y aparatos de luces, y tantos juegos de banderas como señaladores. Este medio de transmisión es el corriente entre las compañías de un batallón y entre las unidades de un regimiento, cualquiera que sea el arma á que éste pertenezca.

El enlace entre los regimientos y batallones y el jefe de la brigada tiene lugar por medio del teléfono. Los cuarteles generales de las brigadas se relacionan por el mismo medio con el cuartel general de la división, pero ni aquéllas ni éstas comunican telefónicamente con el comandante del cuerpo de ejército, porque se considera en Inglaterra que este último general no debe tener conocimiento continuo de todos los episodios y detalles del combate, con objeto de evitar el cambio inmotivado de criterio en la dirección y el peligro de que el comandante del cuerpo se inmiscuya en lo que corresponde á los jefes de división y de brigada y desatienda su papel propio.

Pero las tropas que dependen directamente del comandante del cuerpo de ejército comunican telefónicamente con él.

El enlace entre los cuarteles generales de división y de cuerpo de ejército, y entre éstos y el comandante en jefe del ejército, se establecen por medio del telégrafo. Puede acudirse también á la telegrafía sin conductor, aunque su empleo más indicado tiene lugar para relacionar dos ó más ejércitos, ó bien un ejército con una plaza fuerte ó una escuadra.

Para asegurar la eficacia de esas comunicaciones se ha aumentado el material de los cuerpos y la dotación de tropas técnicas. Cada brigada posee un carruaje con los aparatos y elementos telefónicos, el cual está á cargo de una sección de ingenieros puesta directamente á las órdenes del general de brigada.

La dotación y distribución de las tropas de ingenieros dentro del cuerpo de ejército no han sido ultimadas definitivamente, pero parece que serán las siguientes: Se suprime la compañía de ingenieros del cuerpo de ejército, y en su lugar se crean tres, una de telégrafos, otra de aerosteros, y otra de pontoneros. Esta última dispone de una unidad de puentes de 110 metros de longitud. La de telégrafos tiene á su cargo el enlace entre el comandante del ejército y el del cuerpo de ejército, y entre éste y las tropas independientes ó que no forman parte de las divisiones.

Además, en lugar de una compañía de ingenieros por división habrá dos, las cuales, sin perjuicio de desempeñar todos los servicios de su instituto, se dedicarán: una de ellas á la comunicación entre el jefe de la división y los del cuerpo de ejército y brigadas; la otra tendrá á su cargo una unidad de puente de 45 metros, de modo que el cuerpo de ejército de tres divisiones poseerá los elementos suficientes para construir un puente de 245 metros.

En resumen, dentro de las brigadas las tropas de las tres armas han de bastarse á sí mismas para relacionarse entre sí y con el comandante de la brigada. A partir del cuartel general de la brigada, así como para las tropas independientes, el servicio corre á cargo de las compañías de ingenieros, y se verifica, aquél y éste, del siguiente modo:

Fracciones y compañías con el jefe del batallón: banderas ó teléfonos.

Observadores y batería: banderas ó teléfonos.

Fracciones y escuadrones con el jefe del regimiento: banderas ó teléfonos.

Comandantes de batallón y de regimiento de infantería, con el jefe de la brigada: teléfono.

Comandantes de brigada, de regimiento de caballería y de grupo de artillería con el comandante de la división: teléfono.

Tropas independientes con el comandante de cuerpo de ejército: teléfono ó telégrafo.

Comandantes de división con el del cuerpo de ejército: telégrafo.

Comandante de cuerpo de ejército con el de ejército: telégrafo.

En cuanto al empleo de estafetas, ayudantes y correos para la transmisión de órdenes, se considera, con sobrado fundamento, en el ejército inglés, que solo en muy contadas y raras ocasiones será posible y conveniente.

C. D. P.

---

## BIBLIOGRAFÍA

---

CONCEPTO Y ESTUDIO DE LA HISTORIA MILITAR.—Conferencias dadas en el Centro del Ejército y de la Armada, en el curso de 1902 á 1903, por Don Carlos García Alonso, Teniente Coronel de Estado Mayor.—Madrid, 1905.—404 páginas y 5 planos—8 pesetas.

Las notables conferencias dadas por el distinguido Teniente Coronel de Estado Mayor Sr. García Alonso, en el Centro del Ejército y de la Armada, fueron escritas á medida que se iban explicando, y conservan, casi al pie de la letra, la misma forma y distribución con que se expusieron oralmente. La dirección de *Estudios Militares* ha llevado á cabo una obra meritoria dándolas á la estampa, y permitiendo así que participen todos de las enseñanzas contenidas en aquéllas.

Comienza el Sr. García Alonso demostrando las ventajas que el estudio de la Historia militar reporta á todos los militares, cualquiera que sea su jerarquía, para lo cual aduce ejemplos poco conocidos. Relaciona des-

pués la Historia con la Geografía, la formación de las nacionalidades y los problemas religiosos, políticos y económicos, de donde resulta que para formarse cabal juicio de una guerra es menester examinar paralelamente todas esas cuestiones. Hace un rápido análisis de las guerras antiguas, y, como ejemplo del verdadero concepto de la Historia militar, se detiene en la exposición de la memorable campaña franco-alemana, describiéndola, no desde el punto de vista exclusivamente militar, sino teniendo en cuenta las diversas razones geográficas, etnográficas y de otros órdenes que mediaron en aquel tremendo choque. Así estudiada aquella campaña no es de extrañar que resulte nueva en muchos conceptos, á pesar del extraordinario número de libros, publicados en todos los idiomas, dedicados á ella. No quiere decir esto que participemos de todas las apreciaciones del autor, pues podríamos señalar algunos puntos en los que no estamos de acuerdo con los juicios del Sr. García Alonso; pero aun esto es un mérito en la obra que nos ocupa, porque tales divergencias se refieren sólo á puntos que caen bajo el dominio del criterio personal, y no en modo alguno al conjunto y espíritu de las Conferencias; de donde se infiere que el Sr. García Alonso, con excelente juicio, ha procurado exponer la campaña de 1870-71 desde un amplio y completo punto de vista, dejando que el oyente ó el lector pueda ejercitar su facultad de raciocinio, en vez de ahogarla bajo una explicación dogmática y tendenciosa que revista la forma de demostración incontrovertible.

Bien á las claras se ve que el autor domina la materia como pocos; sin esfuerzo, y sin cansancio para el lector, antes cautivando siempre su atención, le presenta en rápidas pinceladas el cuadro completo de la guerra franco-alemana, relacionando los sucesos militares con los sociales, políticos é históricos sin los cuales es imposible formar cabal juicio de aquel conflicto. La historia militar, así entendida, es ciencia en extremo difícil, pero de utilidad, y, más aun que eso, de necesidad para todos los militares, por lo cual sería deseable que abundasen más los trabajos de la índole del que reseñamos. Al acometerlo y llevarlo á feliz término con singular acierto, el Sr. García Alonso ha aumentado los prestigios de su reputación, de antiguo sólidamente establecida, y ha prestado un buen servicio á sus compañeros. El éxito obtenido le alentará, así lo esperamos, á emprender el estudio de otras campañas no menos famosas, labor urgente, porque conviene, más en este particular que en otros muchos, que no haya fronteras para los conocimientos de nuestra oficialidad. Reciba el Sr. García Alonso nuestro cordial parabién por la publicación de su valioso libro, que recomendamos á nuestros lectores.

---

SERVICIO AEROSTÁTICO MILITAR, por D. Francisco de Paula Rojas, Comandante de Ingenieros. Madrid, 1906.—256 páginas con 52 grabados en el texto y 6 tablas, 8'50 pesetas.

El servicio aerostático militar es de reciente creación, pero su historia militar es muy brillante, según han demostrado las últimas guerras. Se trata de un servicio poco conocido, de difícil aplicación, no apreciado, en general, en su justo valor, y en muchos casos insustituible por otro cualquiera. A vulgarizarlo, á darlo á conocer, se endereza el trabajo del Sr. Rojas, trabajo en el que se exponen los principios científicos en que se funda la aerostación, pero que es de índole esencialmente práctica, como debido á la pluma de un jefe competentísimo en la materia, que lleva muchos años en el Parque Aerostático, y que no se ha limitado á estudiar y perfeccionar, sino que ha inventado aparatos especiales muy ingeniosos, adoptados en España y en el extranjero.

Divide el Sr. Rojas su obra en cinco capítulos, en los que expone sucesivamente: las aplicaciones principales y la organización del servicio aerostático en diversos países; producción del gas hidrógeno; compresión, transporte y empleo del gas hidrógeno en campaña; material para ascensiones cautivas montadas; y material para ascensiones libres montadas. En varios apéndices se trata de los globos de señales, de la impermeabilización de las telas, y de los globos provistos de *ballonet*, terminando con algunas tablas en las que se han recopilado multitud de datos prácticos.

El libro, cuya originalidad no ha menester encomios, resulta de indiscutible utilidad general, y de verdadera necesidad para los oficiales de todas las armas que toman parte en las escuelas prácticas de aerostación, y para cuantos están llamados á intervenir, de un modo directo ó indirecto, en el empleo de los globos en la guerra. Felicítamos al ilustrado comandante Sr. Rojas, ya ventajosamente conocido por otros escritos profesionales, y esperamos que su última obra será pronto difundida en nuestra oficialidad.

